

SUMARIO

LUIS FERNANDO LARA, *Prólogo*, p. 3; JUAN M. LOPE BLANCH, *Flujo y reflujo en el español de los Estados Unidos. Un caso Particular*, p. 7; PAULA GÓMEZ LÓPEZ, *Apuntes para un estudio de la posesión en Huichol: la superposición posesión-locación*, p. 13; MARTHA JURADO SALINAS, *La diferencia pretérito/copretérito. Una explicación basada en los conceptos de «aspecto» y «tipos de situaciones» y su aplicación a la enseñanza del español a extranjeros*, p. 27; LUIS FERNANDO LARA, *La determinación de la entrada en el diccionario de lengua*, p. 45; MA. DEL CONSUELO SANTAMARÍA, *Terreno prohibido: algunos problemas para el estudio del tabú lingüístico*, p. 53; ZARINA ESTRADA FERNÁNDEZ, *El vocabulario del pima bajo o névome*, p. 65; FIDENCIO BRICEÑO CHEL, *La gramaticalización del verbo 'terminar': ts'o'okol en maya yucateco*, p. 79; BEATRIZ ARIAS ÁLVAREZ, *Ser, estar o haber (+participio). ¿Dilema hispánico?*, p. 93; NORMA DEL RÍO, *La intersubjetividad en el texto infantil*, p. 111; GLORIA ESTELA BÁEZ PINAL, *Errores de acentuación gráfica más frecuentes en escolares de 6° de primaria del D. F.*, p. 127; ESTHER HERRERA Z., *Asimilación y disimilación: barreras y condiciones*, p. 143.

LINGÜÍSTICA MEXICANA, I (2000), NÚM. 1

VOL. I • NÚM. 1 • 2000

LINGÜÍSTICA MEXICANA

AMLA

LINGÜÍSTICA MEXICANA

VOL. I

NÚM. 1

2000

ASOCIACIÓN MEXICANA DE LINGÜÍSTICA APLICADA

LINGÜÍSTICA MEXICANA

ASOCIACIÓN MEXICANA DE LINGÜÍSTICA APLICADA

MESA DIRECTIVA 2000

Presidente: SERGIO BOGARD, Escuela Nacional de Antropología e Historia

Secretaria: MA. EUGENIA HERRERA LIMA, Universidad Nacional Autónoma de México

Tesoroero: FIDENCIO BRICEÑO CHEL, Escuela Nacional de Antropología e Historia

Prosecretaria: ALEJANDRA VIGUERAS ÁVILA, Universidad Nacional Autónoma de México

Vocales: ROSA ESTHER DELGADILLO, Universidad Nacional Autónoma de México,

LIDIA RODRÍGUEZ ALFANO, Universidad Autónoma de Nuevo León

CONSEJO DE ASESORES

ZARINA ESTRADA FERNÁNDEZ, Universidad de Sonora

JOSÉ LUIS ITURRIOZ LEZA, Universidad de Guadalajara

LUIS FERNANDO LARA, El Colegio de México

ROSA G. MONTES MIRÓ, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

DIETRICH RALL, Universidad Nacional Autónoma de México

CECILIA ROJAS NIETO, Universidad Nacional Autónoma de México

GIORGIO PERISSINOTTO, Universidad de California, Santa Bárbara

THOMAS C. SMITH-STARK, El Colegio de México

KLAUS ZIMMERMANN, Universidad de Bremen

EDITOR

SERGIO BOGARD

LINGÜÍSTICA MEXICANA es publicada semestralmente por la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, A.C., Tlaxcala 78-501, Col. Roma Sur, México, D.F.

Certificado de licitud de título y de contenido: en trámite

Número de reserva: 04-2000-082817423000-102

ISSN: 1405-9517

FLUJO Y REFLUJO EN EL ESPAÑOL
DE LOS ESTADOS UNIDOS.
UN CASO PARTICULAR

Como es natural, el español hablado por los trabajadores mexicanos que emigran, temporal o definitivamente, a los Estados Unidos ejerce una notable, intensa, avasalladora influencia sobre el español hablado tradicionalmente por los ciudadanos hispanohablantes de ese enorme país. Me refiero, específicamente, al español de lo que he llamado “el México perdido”, a la manera de la muy precisamente denominada *Romania perdida*; es decir, al español que se hablaba, desde siglos atrás, en el Suroeste de los actuales Estados Unidos de América, modalidad de nuestra lengua que he llamado “español tradicional” de ese México perdido hace ya prácticamente un siglo y medio.

Y esa influencia del español mexicano de nuestros compatriotas emigrantes sobre el *tradicional* de aquella ancha región norteamericana ha sido tan intensa y penetrante, que en algunas zonas ha sofocado a la modalidad tradicional propia de ellas. Lo cual representa un grave inconveniente para quienes hemos tratado de recoger y estudiar esos dialectos tradicionales de los Estados Unidos. En mi particular experiencia, lo he sufrido intensamente cuando traté de hacer investigaciones en torno al español tradicional de Arizona, de Texas y, muy particularmente, de la Alta California. [Me resisto a aceptar que la *California* por antonomasia sea la perdida hace una centuria y media, y no la peninsular mexicana.] Sólo en Nuevo México y en Colorado resulta relativamente fácil hallar reductos firmes, sólidos, de ese español tradicional del Suroeste de los actuales Estados Unidos de América...

En efecto, durante los meses en que hice encuestas en aquella región tropecé con serias dificultades para encontrar hablantes norteamericanos de ese español tradicional que pudieran servirme de informantes, especialmente en la Alta California y en Texas. En el primero de estos dos estados hube de reconocer que casi todos “los descendientes californianos de los

antiguos pobladores hispánicos ya sólo hablan inglés” (Lope Blanch, 1990a: 11). Y que la mayor parte de los hablantes del español norteamericano *tradicional* residentes en California procedían de otras regiones, en especial de la vecina Arizona.

Las sucesivas oleadas de emigrantes mexicanos a lo largo de nuestro siglo han ido llevando al Suroeste estadounidense las modalidades lingüísticas propias del español de México, *remexicanizando* en buena medida a las hablas tradicionales de aquella amplia región. Sólo zonas y poblaciones más aisladas o remotas del Suroeste se han mantenido al margen de la influencia dialectal mexicana moderna o la han recibido en escasa y ligera medida.

Esto último es lo que parece haber sucedido en poblaciones de los estados de Colorado y Nuevo México que se mantuvieron prácticamente libres de la inmigración mexicana de nuestro tiempo, como fue el caso de la región de Mora, pequeño poblado de Nuevo México enclavado al pie de las montañas Sangre de Cristo, al noreste de Santa Fe, a medio camino entre Taos y Las Vegas (neomexicanas). Toda esa región quedó, a mediados del siglo XIX —por razones económicas y climatológicas— un tanto aislada no sólo de lo que quedaba de México, sino también de los demás territorios hispanohablantes que fueron incorporados a los Estados Unidos de América. Ese relativo aislamiento permitió que el español hablado tradicionalmente en esa zona se conservara fiel a sí mismo y en gran medida libre de la influencia del español mexicano de nuestro siglo. Así lo he podido observar a través de hechos concretos. Como, por ejemplo, el que se refiere al moderno uso mexicano de la preposición *hasta* como indicadora del límite inicial de una acción durativa o del momento mismo de realización de una acción puntual, y no como indicadora del límite final, de acuerdo con el uso hispánico general, en casos como “Viene *hasta* las once”, por “No viene hasta esa hora” o, simplemente “Viene *a* las once”, o como “Lo enterrarán *hasta* el lunes”, día en que —de acuerdo con lo que tal oración expresa en español general— será el cadáver exhumado... (Lope Blanch, 1990b: 293-321). Pues bien, este peculiar uso mexicano —que considero relativamente moderno— se ha generalizado en las hablas hispánicas de Texas, en que la influencia lingüística de los emigrantes mexicanos es muy alta, pero es prácticamente desconocido en Nuevo México, al menos en Mora, cuyos actuales habitantes descienden en su casi totalidad de los primeros pobladores hispanos de ese territorio, sin que la influencia de las hablas mexicanas de nuestro tiempo se haya dejado sentir entre ellos, al menos de manera notoria.

Pero esta situación particular no es nada común en la mayor parte del México perdido. En ella, la influencia del español mexicano moderno es

muy intensa, cosa natural ya que gran número de sus pobladores hispanohablantes son mexicanos de nacimiento, hijos de mexicanos o, a lo sumo, nietos de mexicanos inmigrantes. Escasos son los México-norteamericanos arraigados allá con más de tres generaciones sucesivas.

Mas lo que quería señalar aquí no se refiere al flujo del mexicanismo lingüístico hacia el Suroeste de los Estados Unidos, sino al reflujo dialectal que de allí procede y se refleja en algunas hablas mexicanas particulares. Y no pienso ahora en el anglicismo que puede descubrirse fácilmente en el español de la franja fronteriza; no me interesa gran cosa señalar aquí —pues ya se ha hecho reiteradamente— los términos de origen inglés *standard* que se han incrustado en el habla de nuestros compatriotas emigrantes y que en sus labios han llegado a México a su regreso, en casos como los de *troca*, *guachar*, *marqueta* y de tantos otros que, como pochismos señalados, tienen diversa vitalidad en las hablas fronterizas o jergales. Me refiero concretamente al hecho de que anglicismos arraigados en dialectos mexicanos del Suroeste, es decir mexicanismos dialectales del español norteamericano de origen inglés, se han transmitido al español mexicano de ciertas zonas de nuestro país en boca de trabajadores migratorios que han regresado a sus lugares de origen.

Voy a referirme, específicamente y, como simple ejemplo probatorio, a un caso concreto que se me ha presentado al preparar la publicación del volumen VI del *Atlas Lingüístico de México*:

El mapa número 801 de nuestro *Atlas* está dedicado a recoger los diversos nombres que recibe, en la amplia geografía mexicana, la “horquilla con mango, a los extremos de la cual se sujetan dos gomas unidas por una badana, en la que se colocan piedrecillas o perdigones para dispararlos”, según la definición que la Real Academia da de ese artefacto tan grato a infantes y adolescentes.¹ El cual es llamado, como bien saben los hablantes de la ciudad de México y de gran parte del altiplano circunvecino, *resortera*, mientras que en otras regiones de la República Mexicana recibe otros muy diversos nombres, en especial el más general en español común de *tirador*, así como también *tirapiedra*, *tirahule*, *hulera* o simplemente *hule*, a más de *honda*, *hondilla*, *charpe* y *flecha*, sin contar otras variantes de empleo muy restringido.

Pero en dos poblaciones septentrionales del país, en la núm. 141 del *Atlas*, correspondiente a Santa Teresa (Tamaulipas) y, sobre todo, en la núm. 143, Salinas (Nuevo León), apareció una forma léxica nueva, con dos variantes muy próximas entre sí: *ligasura* y *nigasura*. La primera fue la

¹ Como novena acepción del vocablo *tirador*.

respuesta que nos dio el informante núm. 2 de Santa Teresa, quien era dueño de una sorprendente riqueza de vocabulario, ya que, además de *ligasura*, respondió también *tirador*, *hulera* y *flecha*, lo cual me parece un asombroso testimonio de polimorfismo lingüístico, y más por haberse recogido en boca de un hombre semianalfabeto de 45 años. *Ligasura* fue también la respuesta que nos proporcionó la informante núm. 3 de Salinas, una joven maestra de escuela; pero la informante núm. 2 de esta población, estudiante de secundaria, de 18 años, dio como respuesta –además de *hulera*– la variante *nigasura*.

Pues bien, este extraño nombre, *ligasura* o *nigasura*, desconocido en el español general de México, se me había aparecido sorprendentemente en el habla de la texana población de San Marcos en diciembre de 1985, cuando estaba haciendo mis encuestas sobre el español tradicional del Suroeste de los Estados Unidos. Allí, los diversos informantes por mí entrevistados coincidieron en decir que el ‘tirador’ o ‘resortera’ se llamaba *nigachure*, *negachura*, *negachuri* o *ligachura* (con articulación normalmente fricativa de la /č/: *ligašura* o *nigašure*, etcétera).

¿Cabría pensar en que se tratase de un préstamo léxico del español tamaulipeco y neoleonés al texano dialecto hispánico de San Marcos? ¿O sería preferible suponer un préstamo –debido a ese reflujo lingüístico que aquí me ocupa– del sanmarqueño texano a las hablas mexicanas de Tamaulipas y Nuevo León? No creo equivocarme al suponer que esta segunda posibilidad es la verdadera. Me indica a pensar así la posible etimología del término, que me fue sugerido *in situ* por los profesores Betty y Joseph Matluck (Lope Blanch, 1990a: 48): la locución inglesa dialectal² *nigger shooter*, como designadora de un instrumento –¿juguete, arma primitiva?: *juguetiarma* lo llamé por el momento– utilizado acaso por los niños adolescentes negros de la región, o tal vez sufridas víctimas de los disparos hechos por otros niños contra ellos. Me parece razonable suponer que este dialectalismo del inglés texano –al menos de la comarca de San Marcos– se haya incrustado en el español de esa zona, desbancando a la denominación tradicional hispánica, que en el Suroeste de los Estados Unidos no es –de acuerdo con los resultados de mis encuestas– ni *tirador* ni *resortera*, sino *honda* (o *jonda*, con /h/ aspirada, en el más conservador dialecto de Mora).

² Que no hallo en los diccionarios generales de la lengua inglesa. Tampoco figura en el *Vocabulario español de Texas* de Gilberto Cerda, Berta Cabaza y Julieta Farías, donde tampoco se recoge la denominación común texana *honda*. –Leída esta breve comunicación, se me ha notificado gentilmente que la denominación *nigger shooter* sí figura en la tercera edición del Merriam-Webster Dictionary, dato que agradezco al anónimo informante.

Tan curioso lexema viajaría posteriormente hacia México, en labios de trabajadores temporeros mexicanos que regresaban a sus poblados de origen, llevando consigo algunos dialectalismos del español mexicano del Suroeste. Y me parece que los testimonios recogidos por los investigadores del *Atlas Lingüístico de México*³ permiten suponer que los derivados mexicanos de *nigasura* deben de haber arraigado ya con cierta firmeza en el habla de las poblaciones mencionadas. Me inclina a pensar así el hecho de que, en Salinas, hayan sido precisamente dos mujeres muy jóvenes, de 18 años, quienes se sirvieron de tal denominación, sin que ninguna de ellas hubiera residido nunca en San Marcos ni en cualquier otra población texana. Cabe imaginar, pues, que ambas la habrían tomado del habla de paisanos suyos que hubiesen trabajado durante algún tiempo en tierras texanas y que, empleándola con frecuencia y naturalidad, tanto allá cuanto acá, en sus lugares de origen, después de su repatriación, habrían otorgado carta de naturaleza a tal lexema en las hablas tamaulipeca y neoleonés.

Termino haciendo una breve –y obvia– precisión, referente a la variante *ligasura* de los dialectos mexicanos. Creo que es el resultado de una etimología popular inmediata: la forma *nigasura* no remite, entre hablantes mexicanos, a su base *nigger*, es decir *negro*: *niga* carece para ellos de todo contenido semántico. Ahora bien, la *resortera* está formada, como elemento esencial, por dos tiras de hule, dos *ligas*, lexema que da sentido a la denominación mexicana, convirtiéndolo en *ligasura*. Puede, además, haber intervenido en esta transformación un cruce léxico con el nombre que la resortera recibe en otras regiones de México: simple, escueta y precisamente el de *liga*, según sucede en Otatitlán (Veracruz) y Huimanguillo (Tabasco), en concurrencia con el nombre más general en toda esa zona: *tirador*.

No sé si me equivocaré al pensar que un punto particular y tan minúsculo como el que aquí les he presentado puede servir para ejemplificar las curiosas peculiaridades de la vida de una lengua, la variedad y abundancia de los factores que en su desarrollo intervienen, y aun lo sorprendente de algunas de las vicisitudes con que puede tropezar en su lento caminar a través de este ancho mundo.

Juan M. Lope Blanch
Universidad Nacional Autónoma de México
El Colegio de México

³ Fundamentalmente Antonio Alcalá(†), Gustavo Cantero, Juan López Chávez, Antonio Millán Orozco y José Moreno de Alba, quienes llevaron a cabo la casi totalidad de las encuestas. Las correspondientes a las dos localidades en que aparecieron los derivados del supuesto *niggershooter* fueron obra de Josefina García Fajardo y Antonio Millán en el caso de Santa Teresa, y de Gustavo Cantero y Juan López Chávez en el de Salinas.

BIBLIOGRAFÍA

- Cerda, Gilberto, Berta Cabaza y Julieta Farías, *Vocabulario español de Texas*. The University of Texas Press, Texas, 1953.
- Lope Blanch, Juan M., *El español hablado en el Suroeste de los Estados Unidos*. UNAM, México, 1990.
- Lope Blanch, Juan M., "Precisiones sobre el uso mexicano de la preposición *hasta*", *Anuario de Lingüística Hispánica* (Universidad de Valladolid, España), 6 (1990), pp. 293-321. (Recogido también en el libro de *Ensayos sobre el español de América*. UNAM, México, 1993, pp. 157-189.)